



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

Clínica, acto cultural

M. Cristina M. Kupfer

RESUMEN

EXAMINAR LAS RELACIONES ENTRE EL TRATAR Y EDUCAR DESDE LA PERSPECTIVA DEL PSICOANÁLISIS SUPONE PENSAR EN LA CLÍNICA COMO ACTO CULTURAL. EN ESTE CONTEXTO, EL PRESENTE TEXTO PRESENTA UNA DISCUSIÓN EN TORNO A LA DISTINCIÓN ENTRE EL TRATAR / EDUCAR DESDE UNA PERSPECTIVA MÁS CLÁSICAS, Y EL TRATAR / EDUCAR DESDE EL PSICOANÁLISIS.

PALABRAS CLAVES: EDUCACIÓN, CULTURA, SALUBRISTAS

ABSTRACT

TO ANALYZE THE RELATIONSHIPS BETWEEN TRYING AND EDUCATING FROM PSYCHOANALYSIS SUPPOSES TO THINK IN THE CLINIC AS A CULTURAL EVENT. IN THIS FRAMEWORK, THE PRESENT TEXT PRESENTS A DISCUSSION ABOUT THE DISTINCTION BETWEEN TREATING / EDUCATING FROM A MORE CLASSICAL PERSPECTIVE, AND TREATING / EDUCATING FROM PSYCHOANALYSIS.

KEY WORDS: EDUCATE, CULTURE, PSYCHOANALYSIS

Clínica, acto cultural¹

M. Cristina M. Kupfer²

Educadores, psicoanalistas, fonoaudiólogos, psicólogos, terapeutas ocupacionales, educadores diferenciales, fisioterapeutas, acompañantes terapéuticos...., son muchos los especialistas que hoy se dedican a los varios tipos de tratamiento y educación de niños, con las fronteras entre sus prácticas constantemente remarcadas y sus identidades profesionales frecuentemente cuestionadas por sí mismos.

Si sumáramos las diversas definiciones acerca de los niños, generadas por tantos y diferentes especialistas, produciríamos seguramente una especie de múltiples e incongruentes facetas. Y todavía son creadas varias clasificaciones para los niños que se convierten entonces en deficientes, especiales, autistas, superdotados, Das, DVs.... exigiendo cada una por lo menos diez especialistas para que sean debidamente atendidas. Todos estos niños se deparan con un campo que difícilmente separa las prácticas educativas del tratamiento.

Tratar y educar son hoy cosas muy diferentes, diametralmente opuestas, pero no siempre fue así. ¿Por qué y cuándo, entonces, tratamiento y educación se separaron y opusieron?

La discusión sobre la intersección entre el tratar y el educar permitirá situar el debate sobre la clínica como acto cultural, por lo menos desde cierta mirada. Por medio de ésta será posible demostrar que la clínica o el tratamiento mental de los niños fue propuesto histórica-

¹ Título original "Clínica acto cultural" Traducción libre al español por Maria Isabel Pardo. Psicóloga Sub-Directora Escuela de Psicología U.A.H.C.

² Maria Cristina Kupfer. Psicoanalista, profesora del Instituto de Psicología - la Universidad de São Paulo, Brasil - Directora de la Pre-Escuela Terapéutica Lugar de Vida - USP - E-mail: mckupfer@uol.com.br.

mente como un acto político, que el psicoanálisis buscará transformar en un acto cultural.

Con la gradual instalación de la burguesía, en la modernidad se asistió a una serie de transformaciones en la configuración de la familia. Así paulatinamente, la educación dicha familiar recibirá la intromisión de una figura típicamente moderna, la figura del preceptor. En Emilio, libro escrito por Rousseau y publicado en la segunda mitad del siglo XVIII, ese nuevo personaje es delineado con nitidez. El preceptor de Emilio- que no tiene padres – lo educa sabiamente. Emilio crece y llegada la hora de a su vez convertirse en padre, corre a donde preceptor diciéndole:

“Mi maestro, felicita a tu hijo: él espera tener luego la honra de ser padre. ¡Oh, cuántas preocupaciones se nos impondrán a nuestro celo ,y cómo necesitaremos de ti ! Dios no quiera que yo también te deje educar al hijo, después de haber educado al padre (...) pero, continúa tú siendo el maestro de los jóvenes maestros. Aconséjanos, gobiéranos, seremos dóciles: mientras yo viva, te necesitaré” (Rousseau, 1999.)

Emilio confiesa al preceptor su desamparo para educar al hijo recién nacido, ¡ a pesar de que hubiera recibido una educación cuyo objetivo era la autonomía! El preceptor, entonces, podrá reocupar su lugar ahora indispensable junto a la naciente familia nuclear moderna, compuesta del padre, la madre, el hijo y el preceptor.

Ese sutil deslizamiento de responsabilidades del padre hacia el preceptor no escapa a Alain Grosrichard (1983), que ve perfilarse por detrás del preceptor toda la horda de cuidadores que se encargaron del niño burgués, horda que hoy se compone de los profesionales mencionados al inicio de este texto.

Esas ideas se diseminaron por todos los cuadrantes del planeta. La historia del movi-

miento salubrista, por ejemplo, que predominó durante la segunda mitad del siglo XIX en Brasil, apunta claramente a las mismas ideas ya presentes en Rousseau.

En “Orden médica y norma familiar”, de Jurandir Freire Costa (1983); se encuentra una interesante lectura de las raíces de ese movimiento como la base de la alianza firmada entre los salubristas y el Estado que pretendía debilitar el poder del Padre Colonial, que reinaba absoluto en el Brasil de esa época. Si en las manos de estos señores de las oligarquías se continuaran concentrando los rumbos de la vida y de la muerte de todos a su alrededor, como el gran y absoluto legislador, esta autoridad pasaría a chocarse con aquella pretendida por el Estado burgués naciente. La implantación de ese Estado exigía, por tanto, la declinación de la autoridad del padre lo que fue producido en Brasil con el concurso de los médicos salubristas.

¿Qué decían, o mejor dicho, vociferaban esos médicos en sus tesis y libros escritos en aquel período? Que la familia moderna era la responsable por la escandalosa mortalidad infantil que asolaba el país. Resumiendo, padres y madres eran incapaces de cuidar a sus hijos. Se hacía necesario, entonces, que los padres se colocaran en las manos de aquellos que conocían suficientemente bien los principios de higiene, de asepsia, de prevención de enfermedades, si es que querían mantener vivos a sus hijos. Era necesario introducir en sus vidas la figura del médico, que de ahí en adelante prescribirá el mejor modo de alimentar y cuidar de los niños. El médico puericultor, en esta lógica, sabría mejor que las madres cuándo deben dar pecho o si deben o no hacerlo.

El médico salubrista hace más cosas que prescribir conductas higiénicas. Él es también un educador. Cuando el asunto es salud mental, llega a afirmar que la familia es la que causa los disturbios mentales: la familia es “nefasta”.³ Esa idea de que los padres ejercen una

“funesta influencia” se encuentra en algunos salubristas que pasan a recomendar que la educación de los jóvenes de la sociedad debe ser hecha en colegios internos, para huir de la docilidad, permisividad y, por tanto, de la nocividad tanto física como mental de los hogares burgueses.

¿Quién está surgiendo delante de nuestros ojos? El viejo preceptor de Emilio, vistiendo ahora un delantal blanco y munido de las mismas intenciones: educar al educador, o sea, el padre, para al final de cuentas substituirlo, tomar su lugar como portavoz de la educación. Pero ahora el preceptor educa y trata.

Los tratamientos mentales de los niños entran en escena cuando se supone que la educación falló. La psicopatología infantil es, en este contexto, sobre todo, un discurso ideológico, dictado por intereses políticos, sobre cómo debería haber sido y no fue la educación familiar del niño. “Si hoy tenemos un alienado improductivo” dirían, por ejemplo, esos médicos, “esto se debe a la masturbación no cohibida por los padres y a la cual ese “alienado” se entregó ¿cuando era niño!

El primer tratamiento de trastornos que hoy llamamos psíquicos dirigido a un niño es aquel ofrecido por Jean Itard al niño salvaje de Aveyron, en los primeros años del siglo XIX. Ese tratamiento no era sino una reeducación. El tratamiento del niño con problemas de desarrollo siempre fue, desde el inicio, un intento de rehacer el recorrido educativo dictado por una visión social y política de ese acto.

³ Los padres que, por complacencias y amores mal entendidos, contribuyeron en el primer periodo de la vida a la ruina del temperamento y constitución de sus hijos, continúan desgraciadamente en nuestro país, su funesta influencia sobre ellos, en el interior de los establecimientos a que fueron confiados”. Mafra, Joaquim José de Oliveira. *Esbozo de una higiene de colegio, aplicable a los nuestros, reglas principales, tendientes a la conservación de la salud y al desarrollo de las fuerzas físicas e intelectuales, según las cuales se deben regir nuestros colegios*. Tesis. Facultad de Medicina de Rio de Janeiro, 1855, p.5. Citado por Freire Costa. (op. cit. p. 171).

La proliferación de especialidades siguió, en general, esa misma norma. Tal vez ella hubiese sido hasta hoy la nota predominante en todos los tratamientos, si no fuese por la entrada en escena del psicoanálisis. O sea, tal vez sea posible afirmar que, con el advenimiento del psicoanálisis, los tratamientos de los niños dejaron de ser la especialización de una educación ideológicamente marcada.

Así, existen hoy al menos dos caminos posibles para elegir cuando se trata de examinar las relaciones entre tratar y educar: el camino tomado por los autores psicoanalistas y el camino que sigue el modo histórico y clásico aquí trazado.

Examinar las relaciones entre el tratar y el educar, desde la perspectiva del psicoanálisis, implica un nuevo encuentro y reordenamiento entre las dos prácticas. De ese reordenamiento, el tratamiento psicoanalítico de niños psicóticos surge como un intento de “*concihar lo real del goce de esos niños con el orden del mundo, con los ideales, teniendo como consecuencia la posibilidad de su inserción y circulación social*” (Petri, R.). En esta definición, ¿dónde está el tratar, dónde está el educar? Ambas definiciones están ahí contempladas. Ahí se lee una visión de tratamiento y de educación a propósito y a la luz de la noción de sujeto propuesta por el psicoanálisis.

A partir de la distinción hecha inicialmente por Freud y más precisamente delineada por Lacan entre *yo ideal* e *ideal de yo*, podemos situar diferencias entre la **educación ideal** y el **ideal de la educación**. Los términos de esa distinción entre el tratar / educar clásicos, con fuertes matices ideológicos y el tratar / educar revisados por el psicoanálisis.

Así, “la educación ideal es un mandato imaginario, que pretende tener respuestas para todo, no hay espacio para lo imprevisto, para la creación, en fin, para el deseo, quien recibe el mandato queda en el lugar de objeto que

debe completar al Otro mandante. El ideal de una educación es de orden simbólico, articula una demanda que es enigmática, tiene prohibición, abriendo la posibilidad para el deseo, para lo imprevisto, para improvisar, para el surgimiento del sujeto" (Petri, R.).

La educación ideal tomaría entonces los rumbos trazados por Rosseau, por los salubristas y profesionales que asumen esa vertiente. Desde esa perspectiva, el niño que no aprende choca con los ideales educativos y requiere tratamiento. Se transforma así en un paciente de la reeducación psicopedagógica.

Ya la proposición de *ideal de una educación*, siendo simbólica, supone un sujeto del inconsciente y no se entrega a la normatización, lo que permite un tratamiento en el cual se escucha justamente lo que escapa en ese sujeto a lo educable como norma, o simplemente de lo educable como intento de domesticación del goce.

El psicoanálisis propone, entonces, un tratamiento que no va en la dirección de adaptar al niño.

A partir de esas diferenciaciones, está abierto el camino para un delineamiento de las prácticas del tratamiento y de la educación. Uno no nace de la otra, no son "harina de un mismo saco", pero guardan un punto en común: *"la primera educación sería responsable por la construcción de un lugar de enunciación, producción del habla que pone el deseo en movimiento"* (Petri, R.).

Para los niños psicóticos, también sería esa la dirección del tratamiento. En cuanto al tratamiento psicoanalítico de la infancia, de un modo general, podemos decir que no será jamás la corrección de una educación fracasada, sino la escucha de aquello que quedó como resto no simbolizado en su subjetivación.

En ese momento, tal vez sea posible afirmar que el psicoanálisis no es exactamente un acto de cultura, sino un acto de contracultura. Al oponerse a la corriente de la educación y del tratamiento clásico cuyo objetivo es esencialmente adaptativo, el psicoanálisis propone una subversión. Al presentar al niño como un perverso polimorfo, que goza y que tiene una parte de goce que no se educa, trae de vuelta un sujeto que la ciencia moderna, de cuño positivista, insiste en reprimir. Los analistas que analizan niños necesitan entonces saber que son activistas políticos, están participando de una batalla cultural o contracultural. Están manteniendo vivo cierto espíritu, el freudiano, con todas las consecuencias sobre la cultura que el acto freudiano tiene desde que fue practicado por primera vez. Sabemos el ruido que Freud hizo solo por el hecho de haber enunciado que existe una sexualidad infantil. ¡Imaginen ahora la subversión que la clínica psicoanalítica de niños implica! Vean cómo estamos lejos del movimiento salubrista, cuando escuchamos a un niño en análisis que desdobra para el oído del analista una serie de significantes como ¡cacas, pedos, mocos! El niño quiere hablar de sus objetos, de sus restos y de la posibilidad de no domesticarlos.

Con el psicoanálisis, los niños ganan nuevas propuestas de educación y de tratamiento, se renuevan las prácticas y los saberes.

Referencias Bibliográficas

- Grosrichard, A. (1983) *Le prince saisi par la philosophie*. Ornicar.
- Bulletin périodique du Champ Freudien*. París, Lyse N° 26 – 27 p.133-149
- Freire, Costa J. (1983). *Ordem Médica e Norma familiar*. Rio de Janeiro, Graal, 2° Edicao.
- Petri, R. O lugar do profissional no tratamento institucional da criança psicótica.
- Rosseau, J.J. (1999) *Emilio, ou Da Educacao*. Sao Paulo, Martins Fontes, Trad. Roberto Leal Ferreira.